

“El señor doctor Rafael M. Carrasquilla, actual rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, inmediatamente después de que supo la triste nueva, se acercó á nuestra oficina con el objeto de manifestarnos que, en su calidad de rector, estaba dispuesto á hacer, por cuenta del colegio, las exequias del doctor RUDAS, antiguo rector del Rosario, en la hermosa capilla del Colegio que el finado tánto embelleció. Loable es por todo concepto, y revelador de un noble y tolerante espíritu el ofrecimiento del ilustrado doctor Carrasquilla.”

No se creyó conveniente aceptar la oferta del Colegio del Rosario, se le hicieron al doctor RUDAS funerales puramente civiles y se sepultó el cadáver en el cementerio de los que mueren fuera de la Iglesia.

Hoy, ocho años después de su muerte, cuando han callado las pasiones que rugieron en su derredor, un sacerdote que no ha aprendido á olvidar, tributa á la memoria del doctor JUAN MANUEL RUDAS este pobre pero sincerísimo recuerdo.

R. M. C.

Muerte de Donoso Cortes

Martes, 3 de Mayo de 1853

Hallándose gravemente enfermo el Ministro de España, Marqués de Valdegamas, fuimos Hatzfeld y yo á informarnos de su situación. El boletín era malo, y fue imposible encontrar alma viviente en esa casa desierta; ni un criado en la antecámara, ni un secretario en la cancillería. Estábamos á punto de dejar la legación, cuando nos detuvo un campanillazo violento, salido del cuarto del enfermo. La célebre hermana Rosalía que lo cuidaba, se precipitó á nuestro encuentro para decirnos que el Ministro se estaba muriendo y pedía un sacerdote. Hatzfeld corrió á San Felipe de

Roule y regresó inmediatamente con un coadjutor de la parroquia; en seguida se retiró al salón, muy conmovido, para no asistir á la agonía de nuestro colega y amigo común. Yo penetré, pues, solo al cuarto de nuestro querido Donoso, en donde había discutido tan á menudo con él los más arduos problemas; en donde se acostaba, trabajaba, medítaba, oraba y fumaba innumerables cigarrillos. Ahora lo encontré tendido sobre su lecho de viaje, que era su lecho de muerte, rodeado del sacerdote, de la hermana Rosalía, de otra hermana del Buen Socorro y de su ama de llaves, una vasca que era la única que parecía afligida. El sacerdote y las dos religiosas llenaban sus deberes sencilla, exacta, profesionalmente, pero la vasca lloraba. El enfermo recibió la extremaunción con pleno conocimiento. Siempre que se pronunciaba el nombre de Jesucristo levantaba las manos al cielo. La fe se pintaba en su rostro demacrado, pero transfigurado por la expresión de una dulzura inefable. En sus últimos momentos besó el crucifijo con fervor, dos veces me estrechó la mano como para indicarme que me reconocía. Deberes oficiales me obligaron á dejarlo, y expiró algunos minutos después de mi partida, á las seis de la tarde y á la edad de cuarenta y cuatro años.

Anacoreta, perdido en las estepas áridas de la diplomacia, apóstol predicador á los salvajes de los salones, asceta bajo el uniforme bordado del embajador, Donoso Cortés, después de haber dado durante su vida el raro ejemplo de una conversión política sincera, ofrecía moribundo el espectáculo edificante de un fin verdaderamente cristiano. Físicamente, era un hombrecillo meridional, del tipo peninsular, de rasgos ni bonitos ni feos, y que yo llamaría ordinarios, si no hubieran estado ennoblecidos por el fuego de su mirada y la expresión de su alma selecta. Ciertamente era el hombre menos á propósito para soportar el *small talk* de los salones; pero por un sentimiento de deber los frecuentaba concienzudamente. Un día lo encontré

en las escaleras de un ministerio, en uno de esos terribles martes ó miércoles del lado izquierdo y del lado derecho, y me dijo con su acento español y con un ligero suspiro : *Quand ze mourrai, Saint Pierre me demandera : " Donoso Cortés, marquis de Valdegamas, qu'as-tou fait ?" Y yo le contestaré : J'ai fait des visites.*

Donoso Cortés, más tarde Marqués de Valdegamas, empezó como periodista radical ; pero bien pronto su perspicacia le hizo comprender el vacío de las doctrinas que estaba defendiendo. Dejó su periódico y el país, viajó, estudió en Alemania y fue discípulo de Goerres. En su libro *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, tomó algunas ideas de su maestro, pero el fondo de la obra le pertenece. Era un espíritu profundo y original, de aquellos que la edad de oro de Carlos V produjo con profusión en su país, y que resultan muy pocos en la edad presente, sobre todo en España. Donoso pertenece al siglo XVI, al renacimiento y contrarreforma católicas provocadas por la reforma protestante ; me recuerda á los grandes héroes eclesiásticos de aquellos días, y especialmente á Fray Luis de Granada.

Una hora después me encontraba en la calle de Courcelles, en el hotel ocupado por la princesa Matilde, frente de la Legación de España. Había una gran comida, pero la animación y la alegría habituales, verdaderas ó falsas, que distinguen á esos festines, desaparecían bajo el crepón negro, que la muerte de un santo arrojaba sobre esa brillante reunión de mundanos.

(Del diario *Nueve años de recuerdos de un embajador de Austria en París*, conde de Hübner, en el segundo imperio).